

La lengua, clave de la conmemoración del centenario

Antonio Gallego Morell *

A partir de Rufino José Cuervo se plantean serias dudas sobre la posible fragmentación del español en diversas lenguas, dudas que también se producen en círculos filológicos españoles. Realmente el camino que llevó a la fragmentación del latín y al nacimiento de las nuevas lenguas románicas es fruto en muchos casos del azar: en Francia, parecía más lógico que hubiese sido la lengua occitánica del sur —Provenza con su tradición literaria— la que se hubiese impuesto en el conjunto de las antiguas Galias y no la lengua hablada en el círculo estrecho de l'Ile de France; en España, o bien el galaico-portugués —poesía de los cancioneros, prestigio de la curia compostelana— o el leonés —texto escrito del Fuero Juzgo— y no la lengua hablada por los soldados que acompañaban al Cid.

* Ex rector de la Universidad de Granada.

¿Fragmentación del castellano?

TAMBIÉN parecía que a los movimientos de emancipación americanos iba a acompañar —mínimos intentos como en Argentina se produjeron— un florecimiento de lenguas nacionales más o menos rebuscadas pero acompañadas por presiones políticas de normalización. Y no se realizó o no fue posible. Luego los fuertes movimientos inmigratorios —especialmente franceses con su fuerte obsesión francófona— tampoco quebraron la fuerza de la lengua hablada desde los días de Colón en el Sur del continente y regiones del Caribe. Pero no ha sido así sino todo lo contrario. También parecía lógico, según los factores que actuaron en el campo de las lenguas, que el inglés del norte —presión política, económica y sobre todo impacto del cine, la radio y la televisión— iba a ir penetrando hacia el sur a costa de la lengua española.

No solamente no se ha producido la temida fragmentación del español sino que se ha ido abriendo paso una fuerte cuña hacia el Norte con el crecimiento acelerado de los grupos hispanohablantes —Puerto Rico, California e incluso Nueva York— y con la doble baza a favor del castellano que ha jugado Cuba con la postura antinorteamericana de su gobierno, política castrista, y con la presencia de los exiliados de Miami —política anticastrista—. Ciertamente que los fuertes movimientos inmigratorios que debieron haber actuado como debilitación de la lengua española en el continente —movimientos especialmente trabajadores— fueron contrarrestados con la pujanza del exilio español de intelectuales tras la guerra civil que propició el auge de la lengua de Castilla a través de su influencia en universidades, editoriales, imprentas, prensa, revistas y tertulias, centros culturales e iniciativas industriales o comerciales.

Cuando Rubén Darío increpa al Norte no lo hace exclusivamente desde una plataforma ideológica y nacionalista sino convencido, o al menos temeroso, de una realidad que acabaría por imponerse según los factores históricos que se contemplaban y entre los que se presenta lleno de incertidumbres la realidad del Canal de Panamá como muy expresivo de las apetencias de los Estados Unidos sobre la América del Sur. Es el Darío que se preguntaba: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?»

Y no ha sido así. Hoy, en los Estados Unidos, a la vista de unas elecciones presidenciales preocupa la inclinación de voto de los hispanohablantes que crece en volumen de año en año.

Dos relaciones distintas

PENSEMOS un momento las diferencias capitales que ofrecía, de cara al futuro, el inglés que llevan al Norte los pioneros ingleses y el español de los conquistadores del Sur y del Caribe.

Los puritanos ingleses que llegaban a las tierras del Norte a partir de un siglo después del Descubrimiento de Colón y pocos años menos de la aislada aventura de Juan Cabot, primero, en 1534, o la apenas simbólica colocación de la bandera francesa por Chaplain en Quebec, en 1608, encuentran todos una realidad muy diferente a la que encuentran los españoles de 1492. En el Norte no existían unas civilizaciones sino unas extensiones de tierra; en el Norte no se encuentran unos pueblos plurales y con sus dispares organizaciones sociales como en el Sur; los indios del Norte son escasos. En el Norte los puritanos, Biblia en mano, no la llevan para adoctrinar a los nativos sino para sus usos privados y tranquilidad de sus conciencias manteniendo entre su comunidad inglesa la práctica y el cultivo de su religión; ellos no necesitan comenzar por enseñar el inglés a los indígenas porque no sienten la necesidad de convertirlos a su religión. Los pioneros llevan un inglés instrumental con el que bautizan todo lo que encuentran, que es tan poco que les plantea mucho menos problema de léxico que a los españoles en el Sur que chocan con unas civilizaciones muy brillantes y desarrolladas.

Los españoles en los sucesivos viajes que van dando pie a la conquista retornaron con ediciones de catecismos que son sinónimos de las biblias de los pioneros pero con las inseparables gramáticas que necesitan estos misioneros para ser entendidos por los indios en su adoctrinamiento. Los puritanos ingleses llegan con un inglés que cultivan sin otro interés ni otro problema que el del lenguaje coloquial practicado entre los pioneros que integran aquellas primeras comunidades e incluso años después de que los indios integren unas «reservas» al margen de ninguna preocupación lingüística. Nunca entre los indios surgen casos de cultivo de una literatura.

En cambio, los españoles, desde los primeros textos americanos que constituyen las cartas de Cristóbal Colón, sienten la necesidad de poner nombre a las nuevas cosas que les salen al paso: en una ocasión llamando a lo nuevo con vocablo que les recuerda la cosa en el mundo que se han

dejado atrás y en otras proponiendo algo que recuerda la manera de ser nombrada la nueva realidad por los indios del Nuevo Mundo. Esto es algo mantenido en las letras americanas desde los días de Colón a la primera página de «Cien años de soledad», de Gabriel García Márquez: «El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo». Así nació la ciudad literaria de Macondo cuando al coronel Aureliano Buendía lo llevó su padre a conocer el hielo. Los españoles encuentra al llegar —al contrario de los ingleses en el Norte— unas florecientes civilizaciones. Por otra parte y esto es esencial: los españoles llegaban, coincidiendo sus primeros viajes de descubrimiento y conquista, no sólo con el momento culminante del encumbramiento político de su pueblo, sino con la etapa más brillante de su literatura y de sus artes, es decir, coincidiendo con el Siglo de Oro de su cultura; en cambio los ingleses llegan durante un momento —los reinados de Enrique VII y Enrique VIII— que coinciden con su gran transformación social, religiosa y política, empeñados en otras preocupaciones entre las que la llegada en abril de 1607 de tres barcos azotados por el vendaval a la bahía de Chesapeake, no fue sino una anécdota aunque en principio coincidiesen las anotaciones de los primeros ingleses con aquellas otras más al sur y más de un siglo antes de los españoles: «bellas praderas y altos árboles vistosos y unas aguas tan frescas que su vista casi arrobaba»; los ingleses anotan fresas «cuatro veces mayores y mejores que las de nuestra Inglaterra», y «los salvajes que les llevaban pan de trigo y tabaco que fumaban en pipas de arcilla con hornillos de cobre». Hablan en sus apuntes de enfermedades, hinchazones, altas fiebres, flujos, hambres. El surgir de la América del Norte era duro, feo, sucio, pesado, sin interés, poco divertido.

Dos civilizaciones diversas

EN cambio, desde el primer momento los españoles son sorprendidos por la grandiosidad, lo insólito, lo fascinante de las nuevas tierras; el misterio, el embrujo, la sorpresa de cosas y realidades. No puede decirse que no era divertida la empresa del Sur pese a contar en su haber con calamidades similares a las que soportaron un siglo y pico después los ingleses en el Norte.

Un similar coraje llevó a fundar Nueva Inglaterra y Nueva España. El profesor Morrison escribió: «mediante la fe y el carácter (con alguna ayu-

da del maíz, el castor, y la humilde almeja) podía sostenerse la vida humana en esta costa de Nueva Inglaterra». Andando los años nacerían Sálem y Boston; las nuevas comunidades de Massachusetts y de Virginia se desganchaban de la metrópoli. Su inglés sería el *de ellos* solos. Apenas existían *los otros*.

En el descubrimiento y conquista de los españoles el gran océano se había convertido en un lago: todo era un ir y venir de expediciones. En Inglaterra la aventura pasaba desapercibida y cuando llega el momento de esplendor inglés de la reina Victoria prácticamente todo está hecho; en cambio Sevilla, su Casa de Contratación, representaba para los españoles lo que encarnó la Lisboa bulliciosa de los descubrimientos portugueses en Asia.

Además, la lengua española era algo vivo: apta para nombrar las nuevas cosas y realidades, receptiva para acoger el más audaz léxico. No necesitaron adaptación lingüística los ingleses; sí los españoles. En el Norte, va a permanecer entre los colonos un único inglés, en el Sur se va a conjugar una lengua común que los de allá acaban haciendo y sintiendo como *nuestra*, es decir, suya y la misma y *nueva* los que la llevaron. Aquí sí tuvo que haber adaptación. Los ingleses llegaron con la experiencia ya realizada del descubrimiento de los españoles; Colón y los suyos, a la buena de Dios, adentrándose por lo ignoto; los del Norte exclusivamente con puritanismo religioso; los españoles con toda la sensualidad y toda la vitalidad del Renacimiento vivo que les empujaba y les quedaba a sus espaldas en Europa, todavía en plena ebullición. En cambio, algo más de un siglo después, los ingleses llegan al Norte ya con una revolución a medio realizar, en vísperas de la nueva sociedad industrial. Cuando arriban a América los peregrinos de la «May Flowers», ya habían fundado los españoles las universidades de Lima y de México y la imprenta de México; los franceses habían fundado ya Quebec en Canadá. En cambio, en Inglaterra se acerca la dictadura de Cronwell y se acrecientan las guerras civiles que dan paso a la auténtica revolución industrial que va a condicionar la preocupación tecnológica de la América del Norte: Franklin, Boston. No son las letras inglesas las que se proyectan en un principio sobre aquel mundo, al contrario de lo que acontece en los años coloniales de Nueva España o del virreinato del Perú.

Inconscientemente, los españoles tenían detrás una literatura en su mejor momento de esplendor. Los barcos que venían a la península cargados de tesoros volvían cargados de libros; los propios misioneros jesuitas sabían que a los indígenas posiblemente les estimulaban más en el

conocimiento de la nueva lengua los textos literarios, aun contaminados de cierta lascivia o erotismo, que los escuetos catecismos. Las tópicas palabras de Nebrija al frente de su Gramática —cuyo centenario de publicación también se cumple en 1992— siguen explicando muchas realidades del descubrimiento. Para los ingleses, aquellos siglos transatlánticos del XVII y el XVIII constituyeron, en opinión de los historiadores y críticos posteriores, la época de «la aventura americana», «la herejía americana» o «la edad dorada». Pronto —los primeros escritores auténticamente americanos serán Cotton Mather y Jonathan Edwards a mediados del siglo XVII—, se comienza a imitar en América del Norte a los escritores ingleses, pero ya entonces el inca Garcilaso ha cruzado a España y de España han cruzado a América libros y escritores.

Los españoles captan las nuevas realidades, intentan nombrarlas por vía de comparación con realidades similares que recuerdan de la península; crean palabras por comparación unas veces de cosas y otras de los propios vocablos; necesitan poner en juego su imaginación —mucho más imaginativos los católicos españoles del Sur que los puritanos anglicanos del Norte— para las descripciones que las nuevas tierras les imponen esbozar; pero donde se pone a prueba —iy con qué acierto!— la iniciativa creativa de los españoles es cuando se creen en la necesidad de transmitir al viejo mundo las palabras indígenas. Este es el español que se aindia sin escándalo de los círculos españoles; de manera distinta hubieran reaccionado los círculos intelectuales ingleses y mucho más el academicismo francés frente a intromisiones del habla en Quebec.

Influjos mutuos

EN América del Sur y en el Caribe los indios van «paulatinamente» recibiendo la lengua española y modificándola y, a la par, los españoles conscientes de que aun el peso literario de la lengua les respalda, van adaptando su lengua a ese contacto con los indios. Por esa vía nace el criollo. El criollismo como realidad histórica y social tampoco tiene paralelo en el Norte. Acaso por esas vías divergentes nacerá la estabilidad política del Norte y la desestabilización permanente en el Sur.

Este criollismo lingüístico no da al traste con la lengua que llevan los españoles. Participarán de él los tres elementos que integraron la nueva sociedad: indios, españoles y mestizos. Y producto de esa fusión, o mejor,

confusión, aflora un barroquismo que va a ser el signo determinante de la etapa de esplendor de la cultura española. En las letras de América se van a extender desde las creaciones de sor Juana Inés de la Cruz o de Domínguez Camargo hasta las producciones literarias de hoy: Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante, García Márquez, Vargas Llosa... Barroquismo estético que cuaja sorprendentemente y de manera espectacular en la arquitectura, la pintura, la literatura, la música y que provoca a su vez un enriquecimiento de la lengua común.

Desde el mismo siglo XVI se ha producido una americanización del español. Los primeros españoles que llegaron a La Española y a otros puntos insulares o continentales del Nuevo Mundo fueron inmediatamente acompañados en sus tareas por misioneros que enseñaban a los indios la lengua española pero ellos mismos comenzaron por aprender las lenguas de los indios, el *taíno* por ejemplo, cuyo conocimiento por los conquistadores colaboró en el proceso que experimentó la lengua española: que se aindió. Durante mucho tiempo se acrecentó una copiosa bibliografía que sobrevaloraba la comportación de las lenguas del sustrato lingüístico previo al descubrimiento. Al cabo del tiempo, al comprobar los datos con criterios más científicos, se ha llegado a la conclusión de que esta influencia no es tan importante. Lope Blanch estableció que muchas veces se actúa por simples intuiciones, que también tienen su valor, si bien frecuentemente se toman por fenómenos debidos a un sustrato determinado hechos que se repiten en otras zonas de América de sustrato muy distinto del imaginado o en regiones de la propia península ibérica. Parece haber unanimidad en considerar como fenómenos de indudable origen indígena la entonación peculiar de cada zona americana.

Ya Wagner señaló cómo los principales fenómenos evolutivos de las distintas lenguas americanas —la pretendida fragmentación— coinciden con los que tuvieron lugar en la península ibérica; Malmberg, partiendo del estudio del influjo del sustrato americano sobre el español, llegó a la conclusión más certera: «ninguno —dice— de los fenómenos propios del español de América se opone a las tendencias generales de evolución fonética iberoamericana y, lo que es más, ninguno tiene un carácter exclusivamente americano». Con la lengua ocurrió como con la sociedad nueva que afloraba del contacto de indios y españoles o, más propiamente, de españoles e indios: la lengua también se hizo mestiza. Los indigenismos entraron en la lengua española por idéntica vía y legítima partida de nacimiento con que se enriquecía el español con vocablos muy arrai-

gados en Castilla la Vieja: vocablos nahuacos o arahuacos, chañabales, jacatecos... En la medida que avanza la conquista son los propios conquistadores los que implantan y difunden, aquí y allá, junto a vocablos específicos de las regiones burgalesas, extremeñas o andaluzas, otros de las distintas lenguas prehispánicas de América.

¿Criollismo lingüístico?

SE temió la fragmentación del español de América. Con todo las muestras a estudiar no eran distintas de las que se podrían manejar para temer también por la fragmentación de la lengua española en la península y, lo que es más importante, la fragmentación —continuemos utilizando el término aunque sea impropio— entre el español de América y el de España. Y es porque se iban produciendo simultáneamente dos fenómenos de «españolización» allá y de un español «aindiado» acá. Fueron los españoles los que colaboraron en intercambiar en el español de América, cuando estaba lejos la formación de las nacionalidades a que dio origen la emancipación, léxico, giros y fonética de las distintas regiones. Hacia Perú o hacia México, Cuba actuaba lingüísticamente en la lengua de los conquistadores, como cualquier región de origen. Permanecieron en América vocablos, expresiones y «tonillos» que denotaban realidades locales, exactamente igual que ocurría en España entre regiones y ciudades, valles o pueblos de montaña. Nadie mejor que Pedro Henríquez Ureña supo expresar la realidad del lenguaje común: «Existió hasta años atrás —grave temor de unos y esperanza de otros— la idea de que íbamos embarcados en la aleatoria tentativa de crear idiomas criollos. La nube se ha disipado bajo la posesión unificadora de las relaciones existentes entre los pueblos hispánicos. La tentativa, suponiéndola posible, habría demandado siglos de cavar foso tras foso entre el idioma de Castilla y los germinantes de América, resignándonos con nerviosismo franciscano a una rastrera, empobrecida expresión dialectal, mientras no apareciera el Dante de alas y de garras».

La tesis de Henríquez Ureña ha sido la generalmente aceptada por todos los escritores hispanoamericanos. Pueden ofrecerse, con todo, muestras aisladas del empleo del léxico guaraní engastado en la prosa de un Roa Bastos. También encontramos léxico de Venezuela en algunas novelas de Cela o el lunfardo en algunos textos literarios. Tienen esto su paralelo en la literatura española en la que pueden ofrecerse muestras

similares en el empleo de gitanismos o lengua germánica y el caso de algunos poemas de Gabriel y Galán que pueden tener su paralelo en otros textos de las letras hispanoamericanas o de la canción como será, por ejemplo, en algunas letras de tangos. Es un hecho incontrastable que la mitad de la lengua no se altera con la presión de los movimientos inmigratorios del siglo XIX pese a la fuerza del choque inmigratorio de franceses o italianos y más recientemente de judíos y otros grupos de nacionalidades europeas tras la segunda guerra mundial.

Es característica generalizada, no ya en el campo de la lengua sino en la cultura, que los países colonizados por España asimilan intensamente la cultura española tanto desde sus realidades medievales como desde las más inmediatas. A través de ese proceso asimilan también la cultura europea (el caso de las huellas francesas en Rubén Darío o de la prodigiosa veta de las lenguas europeas de Borges). Caso contrario a las naciones colonizadas por Francia o los países anglosajones que no asimilan el pasado cultural de las metrópolis colonizadoras; si acaso algo de sus culturas contemporáneas. Pero en el caso de Francia la literatura contemporánea vive su momento de mayor declive; no se hace apenas poesía, la cultura francesa contemporánea está agotada. Aunque no medien tantos años, los cantautores franceses se agotaron con Vietnam y, sobre todo con Argelia, cuando en España y países suramericanos continúan vigentes y no dejan de renovarse.

En la nueva literatura de los Estados Unidos van a permanecer las biografías y, sobre todo, las autobiografías, como centros medulares de las obras de creación, a imitación del predominio autobiográfico tan vivo en la literatura inglesa. En cambio, entre los escritores americanos, que en el Sur se expresan en lengua española, predomina el entorno del hombre, los elementos culturales tales como culminarán después en Carpentier. Elementos de cultura no sólo españoles sino europeos, pero que a los hombres de letras les llegan como preocupación a través del carácter de la cultura española en su proyección en el nuevo mundo, en el momento más universal de su producción y desarrollo.

Todo conduce a formular, con auténtico rigor científico la siguiente afirmación: españoles e hispanoamericanos tienen conciencia del patrimonio de una lengua común. Era necesario llegar a esta conclusión a la hora de plantear el papel de la lengua en la conmemoración centenaria de 1992, o más exactamente: el papel clave que debe desempeñar esa lengua común en la conmemoración centenaria.